

Ahora bien, cada uno de estos pasos tiene que ser apoyado en la práctica, ya que ésta es el único criterio de verdad en el conocimiento científico. En consecuencia, el método marxista es, en todo y por todo, la contrapartida del método hegeliano; ya que este último ha sido empleado para pretender construir artificialmente la realidad concreta, partiendo del dominio de las ideas. En cambio, el método marxista exige que incluso las definiciones más abstractas sean obtenidas a través de la generalización de la realidad concreta, y requiere de la referencia constante a los hechos objetivos y de la intervención práctica que el hombre realiza incesantemente en ellos.

Otro problema primordial de la teoría del conocimiento es la correlación entre lo histórico y lo lógico en el proceso de la investigación científica. El desenvolvimiento histórico de cada proceso sigue una trayectoria lógica general, aunque se muestre muchas veces en lo particular como una marcha sinuosa. Por lo tanto, el procedimiento metódico que consiste en ir de lo simple a lo complejo, y de lo abstracto a lo concreto, reproduce a grandes rasgos el desarrollo histórico del proceso; o sea, que el desenvolvimiento lógico refleja su curso histórico. En el caso particular de la economía capitalista, Marx demostró con claridad convincente cómo el movimiento dialéctico de las categorías económicas y su conversión recíproca corresponden en sus lineamientos principales al proceso histórico del surgimiento, el desarrollo y la desaparición ineludible del capitalismo. Por otro lado, el proceso lógico del conocimiento se manifiesta como el reflejo del proceso histórico de profundización del conocimiento. De esta manera, la tarea de la lógica dialéctica consiste en estudiar la historia del pensamiento humano, de la ciencia y de la técnica. Además, esta unidad de las leyes del desarrollo histórico y las del desenvol-

vimiento lógico del conocimiento, determina fundamentalmente las relaciones mutuas entre las categorías, lo mismo que el orden y la posición que ocupan dentro del sistema de la lógica dialéctica. Porque las categorías y los otros conceptos científicos se cristalizan y se desenvuelven en el proceso histórico de profundización y extensión del conocimiento, con base en los resultados obtenidos en la actividad práctica humana. Y, recíprocamente, el orden lógico de las categorías representa también el proceso del desarrollo histórico del conocimiento científico.

Desde el punto de vista lógico, *El Capital* constituye indudablemente un sistema homogéneo y armonioso de las categorías económicas, conectadas por sus vínculos necesarios y racionales, que refleja el proceso concreto del movimiento y la transformación del modo capitalista de producción. Las categorías económicas son examinadas en su marcha ascendente de lo abstracto a lo concreto, desde las categorías más simples hasta las más ricas en contenido, con lo cual se muestra al mismo tiempo la estructura de la lógica dialéctica. Y en esto consiste fundamentalmente esta gran aportación de Marx a la filosofía materialista dialéctica en su conjunto, y específicamente a la lógica dialéctica, que Rosental se encarga de esclarecer en el importante libro que comentamos, a la vez que contribuye decididamente a su avance.

ELI DE GORTARI

✓ Fritz Pappenheim, *The Alienation of Modern Man*, Monthly Review Press, New York, 1959.

El propósito de este libro del eminente profesor de la Universidad de Harvard, consiste en analizar las conexiones existentes entre la actual enajenación del hombre y la estructura social de nuestra época. Para ello, parte del hecho

de que el predominio que tienen ahora las fuerzas enajenantes no implica, en modo alguno, que no hayan existido en otras épocas. La enajenación no es inherente al hombre, ni constituye su destino fatal y omnímodo, sino que surgió con la esclavitud y se ha desarrollado en los subsecuentes regímenes de explotación del hombre. En el transcurso de la historia, las fuerzas enajenantes han experimentado cambios cualitativos considerables, hasta hacer que la enajenación adquiera la intensidad e importancia tan grandes que tiene en el mundo contemporáneo.

La profunda crisis que viene sufriendo desde hace bastante tiempo la llamada "civilización occidental", se manifiesta de diversas maneras. Una de sus expresiones es la consideración de que el desenvolvimiento técnico amenaza irremediablemente los valores espirituales de la humanidad. Y uno de los testimonios más poderosos que se aducen es el de que la restauración de las ciudades y las vías de comunicación, del equipo tecnológico y de las instituciones económicas y financieras, marcha mucho más de prisa que la reconstrucción del espíritu en un mundo que ha padecido la espantosa destrucción de dos guerras mundiales. Incluso hay quienes creen que existe una oposición irreductible entre la tecnología y el espíritu humano, y que el abismo que los separa no se puede salvar. En consecuencia, piensan que los hombres contemporáneos somos víctimas de un desarrollo en el que ha salido ganando la tecnología, a costa y en la medida en que hemos ido perdiendo nuestra condición humana. Por otro lado, también hay quienes sostienen una especie de determinismo tecnológico, considerando que la tragedia de Hiroshima y Nagasaki tuvo como causa la aplicación de los conocimientos científicos que condujeron a la fisión del núcleo atómico. En tal caso se comete la falacia de confundir lo que es condición de un acon-

tecimiento con su causa; ya que la física nuclear constituye una condición para la fabricación de las bombas atómicas, pero de ninguna manera es la causa de que se hubiesen hecho explotar y produjeran la muerte de centenares de millares de seres humanos. Además, tanto en uno como en el otro caso, se olvida que los inmensos progresos de la ciencia y la técnica han ayudado al hombre a comprender las fuerzas de la naturaleza, hasta tal punto que ya no se encuentra a merced de ellas, sino que, por el contrario, las domina y ha logrado someterlas a sus propios designios. Y, en la medida en que vamos comprendiendo esta situación, se va enriqueciendo y profundizando la concepción de que el hombre es capaz de encauzar su vida y regir su destino.

En realidad, la enajenación que aqueja actualmente al hombre en el "mundo occidental", proviene de la estructura económica y social que prevalece en dicho "mundo". Particularmente, la filosofía existencialista es una rebelión en contra de la idea, profundamente arraigada en el pensamiento moderno, de que la verdad sólo puede ser indagada a través de una separación radical entre el cognoscente —representado por el sujeto— y la realidad que se trata de conocer —puesta de manifiesto en el objeto—. Es cierto que esta consideración ha hecho avanzar enormemente nuestro conocimiento, especialmente en el dominio de las ciencias naturales. Pero es indudable que dicho intento de aislar la función cognoscitiva del hombre del resto de su ser, constituye otro aspecto de la enajenación que destruye su unidad y su universalidad, despojándolo de sus otras cualidades para dejarle únicamente las intelectuales y reducirlo, así, a un simple sujeto epistemológico. En este sentido, es claro que el existencialismo representa, en esencia, una expresión acusada de la enajenación humana; pero que se queda en mera expresión, sin tratar de indagar algún

camino que pueda llegar a superar esta enajenación.

El profesor Pappenheim examina críticamente con acierto las distintas reflexiones filosóficas hechas en torno al problema de la enajenación del hombre, por parte de Spengler, Simmel, Husserl, Bergson, Heidegger, Ortega y Gasset, Scheler, Sartre y muchos más. Igualmente se ocupa de algunas de sus expresiones literarias más destacadas, como las de Rilke, Stefan Zweig, Kafka, Wolfe y Miller. También analiza los estudios sociológicos realizados principalmente en Alemania y los Estados Unidos, mostrando que sus resultados son meramente descriptivos de la situación. Luego se refiere al aparente retorno a la religión que se advierte en muchas partes, para poner en claro que se trata de un acercamiento superficial y externo, que no revela un fortalecimiento del sentimiento religioso, y que sólo representa otro síntoma de la misma enajenación. Por último, hace ver que una reforma educativa tampoco puede resolver el problema, puesto que la educación, en vez de crear nuevas actitudes, primordialmente refleja y confirma los valores y tendencias predominantes; y que, aun en el supuesto de que lograra crearlas, dichas actitudes únicamente serían fuentes de nuevos conflictos en el individuo, al enfrentarse con la misma sociedad enajenante. Por consiguiente, en todos estos casos se trata de otras tantas manifestaciones de la preocupación que produce la enajenación en que se encuentra el hombre "occidental", pero sin que en ellas se apunte ninguna solución eficaz.

Para abandonar el callejón sin salida consistente en intentar superar la enajenación dentro del marco de la misma enajenación, el profesor Pappenheim emprende el análisis de la crítica hecha por Marx de la sociedad capitalista, tanto en sus primeras obras —particularmente en el *Oekonomisch-Philosophische Manuskripte* de 1844— como

en *El Capital*, para destacar sus ideas fundamentales acerca de la enajenación del hombre. Al mismo tiempo, nos presenta las muchas afinidades que encuentra en el pensamiento de Ferdinand Tönnies, especialmente en su libro *Gemeinschaft und Gesellschaft*, publicado por primera vez en 1887. Como el propio Tönnies lo indica en el prólogo a la primera edición de su libro, los tres autores cuyos trabajos tuvieron una influencia decisiva sobre su pensamiento fueron Henry Maine, Otto Gierke y Karl Marx, "el más notable y profundo filósofo social". Durante toda su vida, persistió Tönnies en esa estimación por la obra teórica de Marx; y, aunque tuvo divergencias en varios puntos de vista, jamás dudó en reconocer la estrecha concordancia entre su teoría de la *Gesellschaft* y la explicación formulada por Marx sobre las relaciones entre el individuo y la sociedad. Tönnies aceptó la interpretación marxista de las relaciones existentes entre las instituciones económicas y el desarrollo del pensamiento; pero, en vez de la fórmula metafórica del cimiento y la superestructura, prefirió la de que las ideas se encuentran enraizadas en las condiciones económicas de la existencia social —también enunciada por Marx—, porque consideraba que en esta última se expresa mejor la importancia relativa y la mutua conexión de las ideas con las condiciones económicas. Por otro lado, Tönnies rechazó la concepción marxista de los cambios sociales bruscos y revolucionarios, no obstante que reconoció expresamente el carácter histórico de la propiedad privada y, en consecuencia, consideró injustificable la defensa que se hace de ella como si fuera algo "natural y necesario y, por ende, sagrado e inviolable".

Como es sabido, Marx expuso la tendencia a la atomización social principalmente —aunque no en forma exclusiva— en sus obras *Sobre la cuestión judía*, *La sagrada familia*, *La ideología*

alemana, *Introducción a la crítica de la filosofía del derecho de Hegel, Oekonomisch-Philosophische Manuskrifte, Oekonomische Studien, Manifiesto Comunista y La miseria de la filosofía*. En ellas habla del abismo que separa nuestra existencia pública de nuestra existencia personal, es decir, nuestra función como ciudadanos de nuestra actuación como miembros privados de la sociedad. Hay un agudo contraste entre el paraíso de las doctrinas políticas y el derecho constitucional, por una parte, y la realidad terrena de la sociedad en la cual vivimos y actuamos como individuos privados al realizar nuestras ocupaciones cotidianas, por otro lado. La causa primordial radica en el hecho de que el valor de cambio ha dejado de ser una categoría puramente económica, para convertirse en el valor supremo, en la fuerza que conforma nuestra vida. Y, ya en estas condiciones, ejerce una influencia tan poderosa sobre nuestras mentes, que se interpone entre nosotros y el mundo que nos rodea, haciendo que nos sea imposible la relación directa con las personas y las cosas. La sensación de propiedad nos ha hecho tan necios e infelices, que sólo consideramos como nuestro a un objeto cuando lo poseemos. De esta manera, la sensación de posesión —que representa la enajenación de todas las sensaciones físicas, intelectuales y espirituales— ha usurpado el lugar de todas las otras sensaciones.

La esencia del trabajo humano es la libertad —nos dice Marx— y lo peor que le ha ocurrido al hombre, con el capitalismo, es la pérdida de esa libertad. Es cierto que el animal también es capaz de producir en forma limitada y monótona, pero sólo lo hace bajo el imperativo de sus necesidades inmediatas; mientras que el hombre puede producir incluso cuando se encuentra libre de sus necesidades físicas y, lo que es más, únicamente produce con entera libertad cuando se ha liberado de esas necesidades. En este sentido, Marx interpretó la historia del capitalismo como el desarrollo acelerado de la enajenación del hombre; considerando siempre que son las condiciones reales y concretas de su existencia las que producen la enajenación del hombre. Por ello, una de sus mayores preocupaciones fue la de tratar de encontrar la manera de superar la enajenación del hombre. Finalmente descubrió que dicha superación puede lograrse solamente con la transformación revolucionaria de la sociedad y el desarrollo de las instituciones económicas y sociales, liberadas de la sujeción al imperio de la estructura mercantilista. Y, a partir de entonces, la preocupación mayor viene a ser la de desentrañar las causas y vencer las dificultades que encuentra el hombre, para pasar de su condición de enajenación a la integración armoniosa con su mundo y consigo mismo.

ELI DE GORTARI